MEMORIAS LIBERTINAS DE LA BELLA ENCARNA

(XIX)

Poco antes de marcharnos de Madrid hacia Barcelona, don Alejandro me llevó a una tertulia. Me dijo que me pusiera sobria, pero que enseñara un poco de carne.

—Vas a ver intelectuales. Sobriedad, pero enseña algo, que son muy agradecidos.

—¿Y por qué son agradecidos?

—Porque suelen ser más feos que Pifio y van con mucha hambre por esos mundos. Y les gusta, sobre todo, la carne de mujer fresca, pero distante. Son masoquistas.

Llegamos a un café típico que era el típico café típico. Sólo había un intelectual, porque los otros cuatro tenían cosas que hacer.

—Mira, Encarna, que suerte. Precisamente tengo el honor de presentarte a José Martínez Ruiz, alias «Azorín». Gloria de la generación del noventa y ocho.

Mira tú. Nada más decirme esto, y una servidora que se parte, es que se parte. Y venga a reír. Y me reía porque aquel tío tan feo también era del 98 y porque tenía un alias como para partirse.

—¡Del noventa y ocho! ¡Ay, madre, que risa!

—Usted se ríe. Se ríe con risa. La risa la tiene en la boca. La boca está en la cara. La cara está en el cuerpo. El cuerpo, en Madrid.

—¡Y cómo habla este tío, Alejandro!

—Es fantástico. Es el estilo azoriniano. Es lo último que se lleva.

Pero ya volvía el escritor al ataque. Don Alejandro tiene suerte. La suerte es de don Alejandro. Don Alejandro es gordo, alto y calvo. El bigote lo tiene entre la calvicie y la suerte. Don Alejandro se sienta. La señora está muy buena, pero que muy buena.

Alejandro cabeceaba, algo contrariado. Le hizo reconvenciones estilísticas a Azorín porque no se controlaba.

—Y es que uno está harto de hablar así y escribir así todos los días, Alejandro. Que maldita sea la hora en que cogí este estilo, porque no me dejan soltarlo. El otro día escribí un editorial lerrouxista, y me lo rechazaron porque no era azoriniano.

—Encarna, aquí tienes a un hombre de talento. Le haré ministro. Tiene cultura, verbo y esplendor. Tiene esplendor levantino.

A mí me parecía marrón y gris el tal Azorín, y además era una guasa que fuera el tercero del 98 que me encontraba en mi vida.

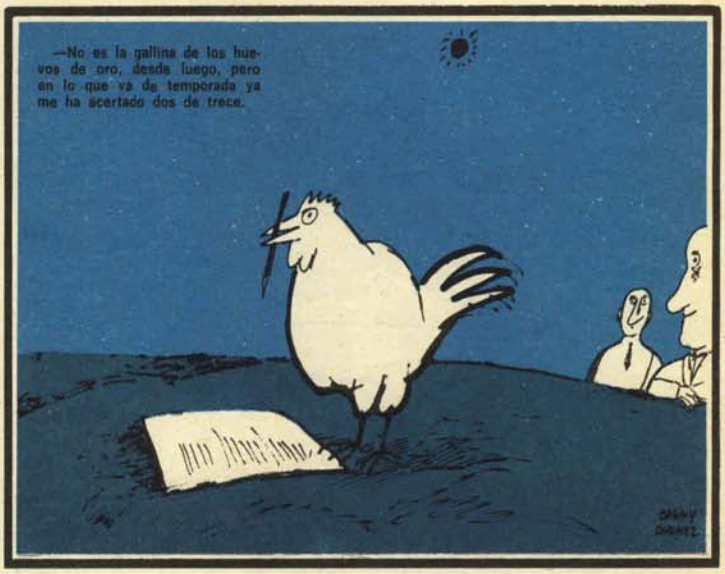
—¿Y cuántos sois los de la generación del noventa y ocho, amor? ¿Noventa y nueve?

—El nueve está detrás del ocho. El ocho está detrás del siete. El siete está detrás del seis...

Y así hasta cero. Entonces, don Alejandro se despidió de él, no sin pedirle un préstamo a cuenta de los trámites para hacerle ministro.

—Por favor, con un Gobierno Maura, no, don Alejandro. Que es muy tosco el mallorquín ese.

—¿Qué le parece la cartera de Instrucción Pública en un Gobierno de coalición entre Romero Robledo, Pablo Iglesias y un servidor?

—¡La unidad nacional! ¡Qué maravilla y con qué anticipación! La unidad es lo que no es la disparidad. La disparidad está dividida. Lo dividido no está unido. El campo en silencio. Castilla. Un vencejo. ¡Viva la madre que te parió!

Y hasta había conseguido emocionarnos.